

**ETAPA III**

**FORMACIÓN GENERAL**

**EL MATRIMONIO**

**PARTE III**

**EL MATRIMONIO:  
GRAN MISTERIO ES ÉSTE**

**TEMA 23**



**HOGARES DONBOSCO**



## EL MATRIMONIO: GRAN MISTERIO ES ÉSTE.



Hablando del matrimonio, San Pablo exclama en su Carta a los Efesios: "Gran misterio es este, que yo lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia" (Ef 5, 12). Al leer estas palabras del Apóstol en la Carta a los Efesios, generalmente se comprende que hable de "un misterio". Pero solemos dejarlo en eso, un "misterio"; y pasamos adelante sin más, no tratamos de profundizar en él.

En la liturgia para las Bodas, la Iglesia le dice a Dios: *"Es deber nuestro y es nuestra salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno; porque estableciste con tu Pueblo la Nueva Alianza para hacer partícipes de la naturaleza divina y coherederos de tu gloria a los redimidos por la muerte y la resurrección de tu Hijo Jesucristo. Toda esta liberalidad generosa la has significado en la unión del hombre y la mujer, para que este sacramento que celebramos nos recuerde tu amor inefable" (el amor con el que se une Cristo con su Iglesia) ... "Y así, al que creaste por amor y al amor le llamas, le concedes participar en tu amor eterno; de manera que el sacramento de los desposorios, signo de tu amor y caridad, consagra el amor humano por Jesucristo el Señor nuestro"*. (Prefacios de la Misa de Matrimonios).

La unión del varón y la mujer en matrimonio, y el amor con que se unen queriendo permanecer en él unidos para siempre, es algo que brota como cosa natural de los seres humanos: así lo hallamos en todas las culturas, épocas y religiones.

Se realiza con ello una "alianza" distinta de todos los otros pactos humanos; con un amor distinto también de todos los otros modos de amarse que usan los hombres. Hacerlo así es algo natural, no precisa enseñarse.

Pero nuestra fe, ya desde su origen judío, lo entiende como el plan que tuvo Dios al crear a los seres humanos: Dios los hizo pareja, y así es como los hizo "a su imagen y semejanza".

Los mismos Libros Santos, contemplando la Alianza que Dios hace con Israel su Pueblo, la comparan con la alianza que el hombre y la mujer pactan al casarse. Esa "alianza" que el hombre y la mujer creyentes hacen, casándose porque se aman, es semejante a la "Alianza" de Dios con su Pueblo Israel, y más aún con la Iglesia, el nuevo Pueblo de Dios.

Veamos que una "alianza" no es igual que "un contrato". Sería un "contrato" el decir: "desde ahora, yo traeré el dinero, y tú te ocuparás de la casa y de los hijos"; " en nuestro matrimonio tú pondrás el 50 por ciento, y yo pondré el otro 50"; o cosas parecidas. Pero una "alianza" no implicará tales negociaciones. En ella se proclama la decisión de los dos para

amarse sin poner límites; en ambos cónyuges se da la promesa de serle fiel al otro, de amarle pase lo que pase, y así respetarse y ayudarse todos los días de la vida. En una "alianza" lo que importa es la fidelidad mutua: el amor mutuo, y no por los derechos y obligaciones que se hayan fijado en un pacto, pero que hoy se asumen, y mañana, si llega el caso, se rescinden junto con el contrato.

Posteriormente a Israel, la fe cristiana nos hace tomar en serio que Dios es Tres Personas, unidas con tal relación de Amor que son un solo Dios. Afirma también el misterio de que Dios decide hacerse hombre, en su Hijo, para hacer suya nuestra humanidad como un esposo hace suya a la esposa de sus amores. Así Cristo hace a la humanidad su Esposa en quienes se entregan a ser de El por el bautismo o por el matrimonio constituyendo su Iglesia.

El matrimonio entre un varón y una mujer que son cristianos, es la realización cabal de ser "imagen y semejanza de Dios". Se unen con un amor distinto de cualquier otro "amor". Se unen con el amor con el que Dios es Tres Personas, haciendo un solo Dios; con el Amor por el que Dios se une en Alianza con los hombres haciéndolos su Cuerpo; con el amor divino que Dios pone en nuestros corazones de creyentes por el Espíritu Santo que nos da. Eso es amar el esposo a su mujer como Dios la ama, y con ese mismo amor la esposa a su marido: como Cristo ama a la Iglesia su Esposa, su Cuerpo. Cumpliendo así aquella sentencia divina de "los dos serán una sola carne". Verdaderamente este es "un gran misterio", un misterio de nuestra fe.

Como Pablo reflexiona, en su Carta a los Efesios, nosotros vemos estas obvias consecuencias: amar el esposo cristiano a su esposa cristiana "como Cristo ama a su Iglesia", es enamorarse de ella como "salvador" de esa mujer a la que hace "su cuerpo".

La ama con el amor de querer ayudarla, y ella con la sumisión (Ef 5, 21) necesaria para dejarse ayudar y salvar. Con un amor por el cual cada uno se entrega a sí mismo, dando su vida por el otro, para salvarlo de su situación de verse perdido, y sin que ninguno se muestre rebelde al amor del otro, no dejándose amar o no queriendo responder de modo parecido.

Cada esposo debe amar su pareja como Cristo a su Iglesia. Para hacerle santo siendo pecador, para purificarle mediante el baño del sacramento recibido con fe en la Palabra divina. Para presentársele a sí mismo luciendo de hermosura, "sin mancha ni arruga ni nada semejante sino santo e inmaculado".

Cada uno de los dos es quien tiene que hacer al otro tan digno de ser amado. Como Cristo lo hace con su Iglesia.

Así deben amar los maridos a sus mujeres: "Como a sus propios cuerpos". "El que ama a su mujer, se ama a sí mismo", y "nadie -dice Pablo- aborreció jamás a su propia carne, sino que la alimenta y la cuida con cariño; lo mismo que Cristo a su Iglesia porque somos miembros de su Cuerpo". Este, afirma San Pablo, es el "gran misterio que yo digo respecto a Cristo y a la Iglesia". Porque, según la Escritura, "Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne".

Junto con la Iglesia, podemos decir a los esposos: Marido, tu mujer se verá tan hermosa, radiante siempre. Como Cristo lo hace con cada uno de nosotros, su Iglesia, aunque seamos pecadores.



La mujer, al casarse, le dice a Dios: "Yo tomo a este hombre como esposo, (tal como es y le conozco); y prometo serle fiel, para amarle, respetarle y ser su ayuda todos los días de mi vida".

Diciendo "quiero amarle" como él es, "respetarle" como él es, y "ayudarle" a ser mejor como él quiere serlo y como yo deseo encontrarle, para vivir enamorados todos los días de la vida. Lo mismo que ha dicho el hombre al tomar por esposa a esa mujer como es, no a otra distinta.

En otro lugar dice San Pablo, hablando del "amor que nunca pasa": es un amor que, a semejanza del amor de Dios, "es comprensivo, se expresa en servicios, no tiene envidia; no quiere aparentar, ni busca el propio interés; no se irrita, no lleva cuentas del mal, no se alegra de encontrar lo reprochable, se goza siempre con la verdad."

"Es el amor que disculpa sin límites, cree en el otro sin límites, espera en el otro sin límites, lo soporta todo sin límites".

Así nos ama Dios. Ese es el amor que promete el hombre a la mujer y la mujer igualmente a su marido: amarse uno al otro como Dios ama a cada uno.

Amar al otro como Dios le ama, es lo distintivo del matrimonio cristiano. Un matrimonio así, es indisoluble; porque se funda en un amor que no se puede traicionar. Es a Dios a quien se le hacen las Promesas, a través de la Iglesia; y lo que se promete a Dios nunca se podrá violar, como Dios no viola lo que nos promete. Hechos Cuerpo de Cristo mediante el Sacramento del Matrimonio, son de El los corazones de cada uno: para que Cristo ame al otro con ese corazón que se le da. Amarse así, no debe acabarse, como por nada se acaba el amor que nos tiene Dios; y eso es lo que da la verdadera felicidad. Un amor que no tenga esa garantía no puede hacerlos feliz en el matrimonio.

Abrazarse dos personas llorando juntas, es signo de la amistad profunda que se tienen. Darse la mano y brindar juntos después de un contrato, es signo de la fidelidad de amigos y aun de hermanos con la que han firmado el acuerdo. Tener un crucifijo en un escritorio de trabajo es signo de que son de Cristo quien allí trabaja y el servicio que quiera prestar con su labor.

De ese mismo modo, el casarse un hombre y una mujer cristianos delante de Jesucristo presente en los creyentes y el ministro de la Iglesia, que es ante quienes se casan, es signo de que se unen en matrimonio siendo Iglesia de Cristo: para realizar en su matrimonio el

plan de Dios por Cristo manifestado. Se hacen de Jesucristo como pareja, en una Alianza como con Dios; no con simple contrato, que hoy se hace y mañana acaso se rompe.

Quieren vivir el ser pareja de casados, siendo de Cristo, en el amor con que Cristo los ama; para ser permanencia y continuadores del Amor con el que Cristo ama al Padre, el Padre le ama a él y él a su Iglesia, que es un amor indisoluble. Y para con ese amor con el que se casan, prometen salvarse el uno al otro siempre, con la única salvación en la que se cree, la de Jesucristo. De esa manera serán ambos partícipes de la felicidad de Dios (Jn 15, 11) en todas las situaciones que unidos puedan compartir.

## GRAN MISTERIO ES ÉSTE

En la segunda lectura que ya hemos comentado del Apóstol San Pablo a los Efesios, capítulo 5. En este texto, muy cargado de contenido, San Pablo se refiere a dos realidades, entre las que establece una analogía muy profunda: la unión del hombre y la mujer como imagen de la unión de Cristo y la Iglesia. Y pone ambas realidades, la realidad del matrimonio y de la familia en un paralelismo comparativo con la unión de Cristo con la Iglesia .

Dos realidades en el matrimonio cristiano: unión de varón y mujer; unión de Cristo y la Iglesia. Para referirnos a esto debemos recordar que el matrimonio, y la familia, constituyen la obra de Dios creador, la obra más grande, la obra más excelsa, ya que es Él el que creó al hombre varón y mujer (cf. Gn 1, 27). Es por eso que en Adán el matrimonio ya era sacramento, y por eso se lo conoce con el nombre de "sacramento primordial" o también "sacramento de la Creación", porque Dios Invisible se manifiesta de alguna manera en la Creación corporal: "*vemos al Invisible en lo visible*" (cf. Romanos 1, 20).

De una manera particular se manifiesta Dios en quienes creó a su imagen y semejanza (cf. Gn 1, 26), de tal manera que el hombre –varón y mujer–, aun en su cuerpo, es signo del Invisible, y en la mente de Dios esa primera unión estaba ordenada a mostrar lo que iba a ser otra unión: la unión de su Hijo Jesucristo con la Iglesia. Es por eso que la misma carta a los Efesios nos recuerda que el "*Padre de nuestro Señor Jesucristo nos bendijo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos en Cristo, por cuanto que en Él –en Cristo– nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuéramos santos e inmaculados ante Él en caridad*" (Ef 1, 3-4).

En su infinita sabiduría quiso Dios prefigurar, ya en la unión matrimonial de Adán y Eva, lo que iba a ser la entrega irrestricta de su Hijo Jesucristo a los hombres, por amor a los hombres, dándonos una imagen de lo que constituye esa entrega de Jesucristo. Esa imagen es el matrimonio: el esposo que se entrega totalmente a la esposa, y la esposa, que se sujeta libremente al esposo, ya que reconoce en él la cabeza de la familia.

Cuando llega la plenitud de los tiempos, es decir, cuando de hecho el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, se hace hombre en las entrañas purísimas de la Santísima Virgen, esa sociedad primera, esencial, fundamental, creada por Dios, no solamente no es abolida –porque ni el pecado la pudo destruir–, sino que es elevada por

Cristo a una dignidad aún mayor: es elevada a la dignidad de sacramento. Es decir, es signo sensible y eficaz de la gracia invisible por la cual el hombre y la mujer, siendo dóciles a la gracia de Dios, pueden amarse de verdad cada vez más, vivir unidos y ser fieles, tener hijos, educarlos y pasar por todas las dificultades de la vida. Es en ese matrimonio llevado a la dignidad de sacramento –o lo que es lo mismo, elevado a un orden sobrenatural– en donde se ve con más fuerza aún lo que es la entrega de Cristo a su Iglesia, es decir, al hombre –varón y mujer–, a todos aquellos redimidos por la Sangre redentora derramada por el mismo Cristo en la cruz.

Por eso es que dice el apóstol en la carta a los Efesios: *"las casadas estén sujetas a sus maridos como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es Cabeza de la Iglesia y Salvador de su cuerpo"* (Ef 5, 22-23). Y como la Iglesia está sujeta a Cristo, así las mujeres a sus maridos en todo: *"Vosotros los maridos amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia, y se entregó por ella, para santificarla, purificándola, mediante el lavado del agua, a fin de presentársela gloriosa, sin mancha ni arruga, o cosa semejante, sino santa e inmaculada. Los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer, así mismo se ama, y nadie aborrece jamás su propia carne, sino que la alimenta y la abriga, como Cristo a la Iglesia. Porque somos miembros de su cuerpo"* (Ef 5, 25-30).

Notemos cómo el Apóstol hace un paralelismo comparativo entre la unión del esposo y la esposa, y la unión de Jesucristo y la Iglesia. Observemos cómo el Apóstol, para designar la relación de la Iglesia con Cristo retoma esa imagen tan hermosa de la Sagrada Escritura del amor esponsalicio que en tantas partes de la Biblia –tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento– expresa lo que es el designio salvador de Dios.

1º. En cuanto a la sujeción: así como la mujer debe estar subordinada al marido –sujeción en Cristo– (y el marido tiene que estar sujeto a su mujer –también en Cristo–), así la Iglesia tiene que estar sujeta a Cristo. Entonces, en este primer momento, así como la mujer debe sujetarse al marido, así la Iglesia debe sujetarse a Cristo.

2º. En cuanto al amor: así como el marido debe amar a su mujer hasta el sacrificio total de sí mismo, así Cristo ama a la Iglesia –es decir, a cada uno de nosotros– encarnándose y muriendo en la cruz totalmente para nuestro bien. El Apóstol hace una bellísima descripción de la entrega de Cristo a la Iglesia, expresando cómo la perfecciona y cómo la ama: *"Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla, purificándola, mediante el lavado del agua, con la palabra"* (Efesios 5, 25-26). Hace referencia al bautismo, pero –según algunos–, también hace alusión al matrimonio, ya que entre los semitas y también entre los griegos había una ceremonia llamada *lutroforia* por la cual antes del matrimonio los novios debían bañarse, y después de la ceremonia la novia era presentada al que iba a ser su futuro esposo. Hay ejemplos de esta costumbre: en la antigua Grecia, en Tróade, las novias se bañaban en el río Escamandro, y decían: "Recibe, ¡oh Escamandro! mi virginidad!"; en Tebas sacaban del Ismeno el agua para el baño de las novias, y Tucídides dice que los atenienses usaban para el baño nupcial del agua de la fuente Calirroé .

Hay en las palabras del Apóstol una alusión al bautismo y al matrimonio, como también hay alusión a la Eucaristía –lo que estamos celebrando nosotros ahora– porque dice que "el

*que ama a su mujer a sí mismo se ama, nadie aborrece jamás su propia carne, sino que la alimenta como Cristo a la Iglesia...*" (Efesios 5, 28-30), y el alimento supersubstancial es la Eucaristía.

El Apóstol usa la imagen del matrimonio para indicar las relaciones de Cristo con la Iglesia, pero además, versículos más adelante, pide mucho más, exige algo aún más fuerte, que es el paralelismo comparativo: para probar la unidad entre Cristo y la Iglesia, se va a valer el Apóstol de un versículo del libro del Génesis que se refiere al matrimonio: "*Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán dos en una sola carne*" (Ef 5, 31; cf. Gn 2, 24). Se está refiriendo al principio, como dice nuestro Señor en el Evangelio cuando le preguntan: "*¿Es lícito a un hombre divorciarse de su mujer?*" (Mt 19, 3), y nuestro Señor dice: "*No, al principio no era así*" (Mt 19, 8). Nuestro Señor se está refiriendo al sacramento primordial, al matrimonio, sacramento de la Creación, por el cual el hombre deja a su padre y a su madre para ser los dos una sola carne.

Agrega el apóstol: "*gran misterio es éste*" (Efesios 5, 32), y lo aplica a Cristo y a la Iglesia. ¿Qué quiere decir: "*gran misterio es éste*"? Quiere decir que la unión del esposo y la esposa es prefigurativa de la unión de Cristo y la Iglesia, pero hay que tener en cuenta en esto dos elementos. El primero, que en la unión del marido y la mujer se explica la unión de Cristo con la Iglesia, de alguna manera la ilumina. Pero además, admitido esto primero, la unión de Cristo con la Iglesia ofrece a todo matrimonio cristiano el ideal de lo que tiene que ser su unión: si Cristo amó a su Iglesia hasta derramar su sangre por nosotros en la cruz, así debe hacer el marido respecto a su mujer, y así la mujer debe hacer respecto a su marido.

Como podemos darnos cuenta, esto le da una dignidad y un significado trascendente al matrimonio cristiano, que evidentemente lo lleva al plano sobrenatural.

Lo más fundamental del matrimonio que es el amor, en el Cielo no solamente no se pierde, sino que se transforma. En el Cielo se da la felicidad sin fin, y esa felicidad sin fin será también recordar tantos momentos gratos... ¡Cómo va a ser indiferente para un esposo el encontrarse con su esposa, o para la esposa el encontrarse con su esposo!

Suele desearse siempre que sean felices "hasta que la muerte los separe"; pero la muerte no separa a los que se aman, al contrario, se los ama mucho más, y de eso nos han dado ejemplo formidable tantas santas viudas, tantos santos viudos, que en lo más profundo de su corazón están anhelando el encuentro de los seres queridos en el Cielo. Por que así como el amor de Cristo no termina con su muerte sino que se profundiza con su resurrección; así, de manera parecida, también pasa con el amor de los seres queridos que parten de este mundo.

Que la Santísima Virgen, así como hemos escuchado en el relato evangélico que quiso que Jesús adelantase la hora de hacer milagros en Caná de Galilea cuando los novios se habían quedado sin vino, y por pedido de la Virgen convirtió el agua en vino (cf. Jn 2, 1-11), así, que Ella siga haciendo milagros para bien de las familias cristianas, para bien de los esposos y esposas, para que alcance a todos la gracia de su Hijo Jesucristo para poder vivir así la unión indisoluble, en una unión más grande, en una unión que supera todas las dificultades, todas

las cruces de la vida, porque la gracia de Dios es siempre más fuerte, y el amor de Dios es el último en vencer.

# Dios ama a su Iglesia

## Así se aman los esposos cristianos





**Reunión de grupo.****Oración inicial.**

Señor Todopoderoso, Tú eres el principio y fin,  
 Eres el Señor de señores, tu Reino es eterno,  
 el dominio y la majestad son tuyos.  
 Derrama amor y paz sobre nosotros;  
 Me postro ante Ti,  
 Tú eres quien me da fuerza  
 Eres mi escudo ante la adversidad.  
 Padre, rico en misericordia,  
 Tú eres quien nunca me dejará ni me desampará,  
 Hoy necesito tu ayuda, por ello acuda a Ti.  
 Protege este amor que hay entre nosotros,  
 No permitas que ninguna persona pueda interferir en él.

**PARA COMENTAR EN GRUPO**

- ¿En qué crees que es distinta la alianza que se realiza en el matrimonio de otros pactos humanos?
- ¿El amor en el matrimonio es igual o distinto al que usan los humanos? ¿Por qué?
- ¿Crees que la diferencia que hay en la alianza y el amor del matrimonio, está en lo que Dios quería de la unión del varón y la mujer? ¿Cuál es ese querer de Dios?
- ¿Qué es lo que más importa en una alianza y más en la del matrimonio?
- ¿Cómo sería un matrimonio "contrato"? Señala algunos ejemplos.
- El hombre es la imagen y semejanza de Dios. ¿Qué es la unión del varón y la mujer?
- Es misterio, pero ¿cómo podíamos explicar que el matrimonio tiene un parecido con la Trinidad de Dios?
- ¿Cómo debe amar el esposo cristiano a su esposa? ¿Cuál es nuestro modelo para amar?
- ¿Cuál es el motivo por el que el esposo cristiano ama a su esposa?
- ¿Es esclavitud lo que dice S. Pablo sobre la sumisión de la mujer?
- ¿Desde cuándo la unión del varón y la mujer es "sacramento"? ¿Por qué?

**Oración final.**

*Padre celestial  
 Quiero que esta oración sea hecha  
 conforme a tu palabra, tu corazón y tus pensamientos,  
 declaro que mi oración se une en el poder del nombre de Jesús  
 para que llegue al trono de tu gracia.  
 Padre eterno quiero parecerme cada día más a ti,  
 por eso hoy vengo a tus pies para pedirte  
 que me des de tu esencia pura, y perfecta.  
 Hoy pido señor, en el poderoso nombre de Jesús,  
 que proveas mi espíritu de tu sabiduría y entendimiento  
 para poder concebir el propósito de mis días en esta tierra.  
 Amén y amén.*